

Vida política y vida literaria: inventario de 1902-1931

JOSÉ-CARLOS MAINER *

Los treinta años de vida española que transcurren de 1902 a 1931 constituyen un período de conflictos —latentes o expresos— a los que caracteriza, por encima de todo, una conciencia de frustración histórica y a los que sacuden las búsquedas extremistas de solución para los males de la patria: de raíz autoritaria y tradicionalista las unas, de ascendencia milenarista y utópica las otras, de corte europeizante y modernizador aquellas pocas. Todas se empeñan en resolver a su modo términos del problema que son sustancialmente idénticos y que casi siempre reconocen como punto de partida el dilema tradición-innovación. Ninguna, empero, logra prevalecer sobre las otras y si lo hace es tributando enormes tensiones a la convivencia nacional y propiciando aquella idea —que no deja de ser una forma de ideológica percepción del país— que siente la coexistencia difícil de varias Españas: la imagen federal frente a la unitaria, la católica frente a la laica, la europea frente a la etnocéntrica, la rural frente a la urbana, la racionalista frente a la intuitiva.

EL REPUDIO DE LA HERENCIA DECIMONÓNICA

Nuestro siglo XIX es, para todas esas conciencias, un punto de referencia normalmente negativo. Como se habrá de ver con algún detalle, las diferentes modulaciones de la vida intelectual del tiempo que consideramos coincidieron en experimentar profunda aversión por aquella centuria. Para la estética modernista fue el tiempo de la sentimentalidad abaratada que se entusiasmaba con las arias de Rossini y Verdi, suspiraba con los ayes retóricos de Espronceda (veinte en el «Canto a Teresa») y

* Universidad de Zaragoza.

escribía novelas con aire de folletines. El Azorín de *La voluntad* escarnecía su talante hipócrita y apenas se sentía reconciliado con aquellos espíritus que —como José de Salamanca, Julián Romea, Antonio Cánovas, el P. Claret o Bécquer— destacaban por un rasgo de ambición sobre la medianía ambiente. Ortega y Gasset asentó sus ideas políticas sobre la superación de la «fantasmagoría» de la Restauración y sus ideas estéticas sobre la muerte de aquel arte que disfrutaban «el pacífico comerciante, el virtuoso profesor, el ingenuo empleado, la señorita del *comptoir*». Antonio Machado abominó de aquellas ideologías absolutas e imaginarias que nacieron con Kant («Tartarín en Koenisberg. /Una mano en la mejilla,/ todo lo llegó a saber») y que prosiguieron con Darwin, Karl Marx o el simbolismo estético: Vastos festines de la razón solitaria en los que ardió estéril la imaginación de su apócrifo Abel Martín, chivo expiatorio de la filosofía de todo un siglo. Un par de comediógrafos de éxito y mérito dispar, Pedro Muñoz Seca y Enrique Jardiel Poncela, lo hicieron objeto de broma literaria: el primero en la parodia del drama romántico, *La venganza de Don Mendo* (1919); el segundo, en un delicioso dramón más cercano a la «alta comedia», como fue *Angelina o el honor de un brigadier* (1934).

Otros escritores vivieron más equívocamente sus relaciones con la época que les había precedido. A Pío Baroja no se le ocultó jamás la vacuidad de aquellos entusiastas del progreso «sobre todo si brillaba», aunque en otros órdenes se sintió romántico y kantiano y dedicó un vasto esfuerzo sentimental a reconstruir la vida española de aquel período (*Memorias de un hombre de acción* 1913-1935) a evocar rasgos de su pequeña historia o a imaginarse una mar poblada de empavesados veleros, crueles piratas y escalas extrañas. Desde sus primeras a sus últimas obras, el XIX circula también por la obra de Valle-Inclán, aunque al principio se vista de ropones equívocamente medievalizantes y al final sea un angustiado análisis —entre sarcástico y cómplice— del doloroso parto de la España contemporánea. Miguel de Unamuno fue, más que todos ellos, un hijo espiritual del XIX y a esa época se dirigieron sus más fecundantes lecturas: Carlyle, Flaubert, Carducci, Sénancour, Hugo... y Clarín. Pocos vivieron con tanta intensidad las contradicciones de la inteligencia de aquella época, aunque fuera tan extemporáneamente: el dilema entre fe y razón, el conflicto entre individuo y colectividad, el drama del yo (que plasmó en una frase tomada de Michelet, precisamente), el problema de su hombre interior frente a su hombre público. García Lorca y, en menor medida, Rafael Alberti se sintieron emocionalmente atraídos por aquel aire familiar y tiernamente cursi que preservó la flor marchita de la sentimentalidad romántica. Y a «lo cursi» —idea decimonónica— dedicó un penetrante ensayo de Ramón Gómez de la Serna, cuyo mundo personal —el referente de las gregue-

rías— está impregnado del aroma de los interiores domésticos del siglo XIX. El mismo que también atrajo la atención de los mejores autores —Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Antonio Marichalar— de la serie de «Vidas españolas del siglo XIX», de Espasa-Calpe.

Pero conviene no olvidar que la época a que nos referimos condenó a largo purgatorio a Galdós y a Clarín: el primero en la época vanguardista por pluma de Antonio Espina; el segundo, tiempo antes, por la de Bonafoux, «Fray Candil» y Luis Ruiz Contreras, en tiempo de modernismos que toleraban muy mal la crítica «higiénica» del *Madrid Cómico* (aunque merece la pena señalar que Pérez de Ayala aprendió mucho de él —y no solamente Derecho Romano en las clases que evocó un emocionado poema de Andrés González Blanco— y que Juan Ramón Jiménez confiesa deber su descubrimiento de Baudelaire al espléndido artículo de *Mezclilla* contra Ferdinand Brunetière). Lo cierto, sin embargo, es que apenas Larra y Bécquer encuentran un eco significativo en sus sucesores y precisamente en cuanto son dos «heterodoxos» de su siglo: Figaro a partir de 1900 y el sevillano muy particularmente en la víspera de 1936 —centenario del romanticismo— cuando lo celebran Alberti y Cernuda o sigue sus huellas el jovencísimo Gabriel Celaya. La afición de Manuel Azaña por Juan Valera, a cuyo estudio dedicó largos años, se debe más a una afinidad electiva entre dos espíritus superiores, mordaces y con cierta tendencia a la infecundidad brillante: lo que Azaña reprocha suavemente a su biografiado es, precisamente, la deuda más decimonónica de su figura. Que es la misma que el joven Ortega plasmó al verle como «un cortijero andaluz, buen recibidor, anchamente simpático, lleno de facundia y malicia bondadosa» pero cuya vida intelectual está presidida por «un positivismo cazurro y extraintelectual».

Nada de esta aversión del siglo XX al XIX —lo mismo que su complementaria reconciliación en el ámbito sentimental— son ajenas al resto del mundo europeo. Al menos, en su mitad latina, ya que su ámbito germánico pudo mantener mejor continuidad con la espléndida poética romántica, la trabazón de la filosofía idealista o la ambiciosa rotundidad de las nuevas formas musicales de 1820-1840. Pero el caso español tiene un punto de acritud y culpabilización más acusado que en Francia y en Italia todavía. Y, por otro lado, parece sancionarlo una casi catástrofe biológica de los más significativos espíritus del siglo anterior: en 1899 muere el tribuno Emilio Castelar; Campoamor y Leopoldo Alas lo hacen en 1901; Práxedes Mateo Sagasta y Gaspar Núñez de Arce en 1903; Juan Valera y José María de Pereda en 1905 y 1906 respectivamente; Joaquín Costa en 1911 y Marcelino Menéndez Pelayo en 1912. José de Echegaray vive hasta 1916 pero literariamente fallece —y con regular escándalo— cuando en 1905

los jóvenes escritores rechazan en un manifiesto la idea de ofrecerle un homenaje nacional por la obtención del Premio Nóbel de Literatura.

LA OBSESIÓN AGRARISTA

Lo cierto es que el legado del siglo XIX no era nada bueno y, como ha apuntado Pierre Vilar, quizá hubiera sido éste el verdadero período de la decadencia nacional. Ya antes que Jordi Nadal lo formulara con brillantez, se sabía del fracaso español de la revolución industrial cuyas culpas comparten el desvío de los incipientes capitales hacia la adquisición de tierras desamortizadas, la falta de técnicos solventes, la dependencia de las finanzas extranjeras y la aplicación de recursos a la construcción de una red de ferrocarriles que favorece los negocios rápidos a costa de la benevolencia del Estado. Los recientes trabajos sobre la economía agraria de la centuria tampoco dejan en mejor lugar sus cifras y su organización: reparto radicalmente injusto de la propiedad, pésima comercialización, hegemonía del cultivo del cereal y atraso tecnológico son los ingredientes cuya persistencia los convierte en una estructura de difícil remedio. Pero tampoco el siglo XIX supo acertar en el orden de la necesaria reforma del marco político: debatiéndose entre etapas de moderantismo ineficaz y efímeros bandazos liberales, fruto de pronunciamientos militares, apenas alcanzó a plasmar, tardía e insuficientemente la legislación civil que correspondía a la época de las revoluciones burguesas y se reveló incapaz de producir por sí mismo el proceso institucional —en la universidad, en la organización de la vida profesional, en la iniciativa pública— que, por las mismas fechas, caracteriza la vida europea.

La época que aquí consideramos, heredera de tantas deficiencias, tampoco pudo eliminarlas del todo del horizonte colectivo. En 1902, como casi en 1931, España era todavía un país eminentemente rural. A finales de siglo, la titánica labor de Joaquín Costa había suscitado lemas que tuvieron amplia resonancia en los años subsiguientes: reducción del latifundio cerealista y construcción de las grandes obras de riego que permitirían la manumisión del campesinado pobre. Su voz representaba los intereses de una pequeña burguesía agraria, marginada por los cohechos políticos de la Restauración y la Regencia, y consiguió algún logro parcial —regadíos de la Litera, por ejemplo— que no obtuvo el esforzado notario de Frómista, Julio Senador, en sus libros e intervenciones sobre el desolado campo de Castilla la Vieja. Pero, en otros lugares, los trenos regeneradores no correspondían siquiera a la dura vida de los propietarios pobres, sino que venían de campesinos desposeídos o de dueños de parcelas inverosímiles. Aquel era el mundo de los colonos andaluces que

retrató una vigorosa novela de Blasco Ibáñez, *La bodega* (1902), y cuya brutalidad intrínseca revelan los relatos cortos de José López Pinillos o los extensos de José Más; éste otro de los propietarios mínimos tiene su constancia en la larga polémica sobre la redención de los «foros» gallegos (y su retrato en los dibujos de Alfonso R. Castelao), como también en la briosa estampa huertana que es *La barraca* (1899) de Vicente Blasco Ibáñez. La dureza de las condiciones de vida y el terrible peso de lo tradicional en el mundo agrario inspiraron en los escritores un intenso *pathos* campesino. Unas veces se resolvió en crítica violenta de la incuria inmemorial de las mismas víctimas, y así debe entenderse buena parte del Machado de *Campos de Castilla* (1912) como, en otro orden, las narraciones de Eugenio Noel —*Las siete cucas* (1927)—, Manuel Ciges Aparicio —*La romería* (1910)—, Felipe Trigo —*Jarrapellejos* (1914)—, José López Pinillos —*Doña Mesalina* (1910)—, que pintan la atroz atonía moral que comparten caciques y vasallos y otras veces prefirió un uso estético de aquel ámbito cerrado y trágico, como sucede en una larga lista de «dramas rurales» o en las más convincentes creaciones de Valle-Inclán y García Lorca (donde, ya sea en *Divinas palabras* (1920) o en *Yerma* (1934), en *El embrujado* (1916) o en *La casa de Bernarda Alba*, la dimensión estetizante se acompasa a una vasta alegoría de la miseria moral nacional). La cuestión agraria fue, el fin, el gran problema no resuelto del medio siglo que consideramos y de ahí deriva la vigorosa presencia de lo rural en la preocupación literaria: incluso más allá del límite de nuestras fechas, una novela singular, *La familia de Pascual Duarte* (1942), de Camilo José Cela, viene a entroncarse de modo legítimo al *pathos* que tan alto llevaron Valle y Lorca.

El mundo industrial y urbano cuenta con una nómina mucho menos nutrida. La España de 1900 solamente tenía algún islote industrial —País Vasco, Asturias, Cataluña...— que genera como tal muy escasa literatura. Y la ciudad es casi por antonomasia Madrid, el único lugar que conoce la temática moderna de lo urbano: las calles hostiles, el peregrinaje sin rumbo de los personajes, la conciencia del desarraigo, el enfrentamiento de los grupos sociales... La espléndida trilogía barojiana de «La lucha por la vida» (*La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja* entre 1903 y 1904) es —tras algún atisbo galdosiano— la primera y más rotunda manifestación de la dimensión urbana de la narrativa española y en sus tres títulos está presente ya la especialización más característica de su ámbito: el análisis agrario y desesperanzado de una pequeña burguesía que lucha por zafarse al destino del proletariado, tema que cobra mayor relieve en algunas narraciones «sociales» de los años treinta (*El comedor de la pensión Venecia*, 1930, de Joaquín Arderius, *Locura y muerte de nadie*, 1929, de Benjamín Jarnés, *La vida difícil*, de Andrés Carraque de Ríos, *Siete do-*

mingos rojos, 1932, de Ramón J. Sender). Como un peculiar e importantísimo subgénero de estos relatos urbanos podríase considerar la «novela de artistas», muchas veces ligada al recuerdo autobiográfico o a la presencia de personajes reales ocultos por claves más o menos intrincadas: *Troteras y danzaderas* (1913) de Pérez de Ayala, *La voluntad* (1902) de Azorín, *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* (1901) de Baroja, el esperpento *Luces de bohemia* (1920) de Valle-Inclán, *Circe y el poeta* (1926) de Ciges Aparicio, corresponden, entre otras muchas obras, a este apartado tan revelador de la dificultad existencial y de la conciencia de marginación del escritor español, aunque sea a la vez testimonio implícito de los nuevos poderes y la insolencia gremial que estaban en su horizonte mental. Periodistas mercantilizados, héroes de su propia bohemia, comensales del tradicional café con media tostada, amedrentados por el espectro de la tuberculosis, los escritores españoles son frecuente tema de sí mismos porque en su espejo ven reflejada —o creen ver— la dura condición del país: la realidad de su impotencia como grupo, la insuficiencia de sus conocimientos, el orgullo de su rebeldía y la cerrazón de la burguesía filisteas como el silencio ignorante del cuarto estado. El mundo auxiliar de estas figuraciones literarias —*demi-mondaines* sensibleras, editores soeces, señoritos sin blanca, conserjes despectivos, obreros rebeldes— resulta, más que el diagnóstico de una realidad sociológica, la descripción de un público potencial que condena a la bohemia lo que pudo ser obra de regeneración colectiva.

EL MALEFICIO DE LA PROVINCIA

Pero entre la llamada de un mundo rural mayoritario y el deslumbramiento de la capital (el «Madrid absurdo, brillante y hambriento» que evocan las acotaciones valleinclanescas de *Luces de bohemia*), hay un ingrediente mediador que cobra particular importancia y nuevas modulaciones en el primer tercio del siglo xx: me refiero a la «provincia», término y condición anfibia a veces entre lo agrario y lo ciudadano y que en otras ocasiones puede valer, sin embargo, por síntesis de lo regional. Debe advertirse que al enunciar «lo provinciano» como atributivo implicamos un hecho político —el que desde 1833 España se articula en «provincias» cuya organización y poder emanan de un centro administrativo— y un hecho moral, derivado de la conciencia y la pesadumbre de esa misma delegación: en este sentido, lo provinciano resulta el remedo de los usos capitalinos, la nostalgia de una vida más intensa y plenaria, la inercia de modas y prácticas sociales que se viven en forma delegada.

En el siglo xix la presencia literaria de la provincia revistió dos formas: por la primera se concibió como el último reducto de la vida tradicional,

patriótica, moral y sencilla, ajena a las convulsiones y los azares de la revolución liberal; por la segunda fue entendida como un bastión de la intransigencia y un piélago hipócrita donde naufragaba toda esperanza de progreso. Encarnaron aquella noción positiva Fernán Caballero —que fue, en rigor, su descubridora— y José María de Pereda; compareció la última en las ciudades imaginarias de Ficóbriga y Orbajosa, creadas por Galdós, y en la Vetusta de «Clarín», legítimas herederas todas tres de aquella «provincia» tenebrosa, que a principios de siglo Balzac había opuesto a París.

En nuestro siglo tal valoración bipolar subsistió, pese al ferrocarril que acercaba las regiones y a la mayor permeabilidad de la sociedad a las modas. La Andalucía de las piezas teatrales de los hermanos Álvarez Quintero y de los relatos del canónigo Francisco Muñoz y Pabón, el Alto Aragón que describió Luis López Allué, la Extremadura de Luis Chamizo, la baja Salamanca de José María Gabriel y Galán, la Murcia de Vicente Medina y la Castilla de cartón piedra de Ricardo León fueron genuinas continuaciones espirituales de la Montaña perediana y de la Baja Andalucía de Fernán Caballero: visiones idílicas del espíritu —bronco y noble, alegre y sentimental, honrado y laborioso— de una «raza», como suelen decir, que se perpetúa en estructuras netamente vasalláticas. Aunque, a veces, crucen por esos ámbitos turbiones de crudas situaciones naturalistas (ilegitimidades mal resueltas, enfrentamientos de padres e hijos, bodas a disgusto, depravaciones filiales en la ciudad proterva) que casi siempre están referidas a la unidad o a la destrucción de la célula familiar, destinada a prevalecer como bastión de las veneradas tradiciones. Pero, por otro lado y como se señaló al hablar de la temática ruralista (tan próxima a este mundo), las fuerzas subterráneas que alimentaron de consumo la sociología positivista (referida a grupos marginales o degenerados) y la temática naturalista tuvieron también su parte en la perduración de la otra corriente que se señalaba: la visión más crítica de los resentimientos y la cerrazón que albergaba la vida provincial. Nombres arquetípicos como la Argelez de los relatos de Felipe Trigo, la Moraleda de los dramas de Benevente, la Villanea de alguna comedia regeneracionista de Carlos Arniches, la Iberina de Wenceslao Fernández Flórez y hasta la Renada de las narraciones de Unamuno se troquelan, sobre sus antecedentes galdosianos, como encarnación de constantes hispánicas negativas. Los poemas baezanos de Antonio Machado —pienso en «Del pasado efímero», «Poema de un día. Meditaciones rurales» y en el «Llanto por las virtudes y coplas por la muerte de Don Guido», fechados hacia 1913— revelan muy bien la hostilidad impotente ante todo un tipo de vida. Hacia 1930 el Ortega de *La redención de las provincias* auguraba su desaparición como consecuencia de la mecanización del campo y el plan-

teamiento nacional de la cuestión política: desaparecería con ello el señorito «un poco labrador» que «del cielo aguarda/y al cielo teme», el cacique amañador de voluntades, la política de región y de Casino, la ginecocracia asesorada por los confesonarios... Pero el sueño de Ortega —que se cifra, con notable error, en la integración nacional de la vida campesina de Estados Unidos— no pasó de ser una utopía republicana: la vieja provincia (Navarra, Burgos, Salamanca...) triunfó en la guerra civil sobre la capital y marcó también el signo de la posguerra.

No obstante, el modernismo literario trajo un nuevo ingrediente, esta vez rigurosamente estético, a la consideración de lo provinciano. El decadentismo llamó la atención sobre las «ciudades muertas» (como la Brujas de un famoso libro de Georges Rodenbach) y los numerosos ejemplos españoles de la nómina cobraron nueva vida artística, aunque muchas veces estrechamente aliada a la que ya habíales proporcionado la contemplación de su degeneración biológica: esa fue la doble función que Toledo alcanza en las evocaciones de Baroja (*Camino de perfección*) o Azorín (*La voluntad*), antes de ser un tema insistente en la narrativa del navarro Félix Urabayan; ésa fue la forma en que Ignacio Zuloaga pintó la ciudad, los pueblos y las gentes de Segovia entre 1906 (año de «Gregorio el botero») y 1912 (año de «Retrato del cardenal»). Pero ese aroma sombrío de la decadencia tiene muchas otras manifestaciones. A su conjuro Baroja convierte Laguardia en la fantasmal realidad artística de *El mayrazgo de Labraz* (1903) y Gabriel Miró proyecta sobre su tierra levantina una mezcla de dolor humano y exaltación natural que pueblan leprosos (en *Del vivir*, 1904), artistas fracasados (*La novela de mi amigo*, 1908) y peregrinaciones por la tristeza (*Del huerto provinciano*, 1912): en ambos casos lo patético es la aportación de los hombres a un paisaje en sí mismo equilibrado y perfecto aun en su posible crueldad. Pero en otros casos, la nota dominante de la provincia es la melancolía que inspira la idéntica marcha de los días, la elegía por unos destinos que se cumplen para dejar un recuerdo agridulce: un poso de ese sentimiento hay en el primer Antonio Machado (el de *Soledades*, 1903), en el Juan Ramón Jiménez de las *Elegías* (1908-1910) y de *Platero y yo* (1914), en el Pérez de Ayala de *La paz del sendero* (1903), en el Andrés González Blanco de los *Poemas de provincia* (1910) y, como una resignación muy cultivada, en la poesía de los canarios Tomás Morales (*Poemas de la Gloria, del amor y del mar*, 1908), Alonso Quesada (*El lino de los sueños*, 1915) y Saulo Torón (*Las monedas de cobre*, 1919). En otros casos —nos referimos ahora al Valle-Inclán de las *Comedias bárbaras* (1907-1908) y de «La guerra carlista» (1908-1909)— la provincia toma la dimensión de un complejo mito totalizador: el orden arcaico y feudal que, en el primer caso, quiere prevalecer sobre su decadencia inevitable; la *jacquería* campesina que, en el segundo

caso y bajo las especies de la fe, combate con escasa gloria la vulgaridad ruin del mundo moderno.

El tema es, por supuesto, artístico pero no cabe olvidar que lo es también político, en la medida en que estos años de 1910 a 1930 ofrecen una activa presencia de lo regional en los foros públicos. Lo cual, si no justifica la conformación del motivo, por lo menos explica su audiencia. No en vano un crítico sagaz, Rafael Cansinos Assens, comentaba en el volumen II de *La nueva literatura* (1923) y bajo el marbete «Los cantores de la provincia» la destacada situación de gallegos y andaluces en el ámbito de las letras nacionales. Y glosaba:

 Pero diríase en nuestros tiempos todo eso se ha vivificado con una nueva gracia y una voluntad de intenciones más finas. Diríase y puede decirse que la belleza de la provincia ha sido estilizada por las líneas del nuevo arte, más sutil y más fino. Todas las novelas regionales anteriores a nuestro actual renacimiento, no nos dan una visión tan clara de la provincia, de su vida íntima y verdadera, de su pasado y de su presente, una emoción tan conmovida y grave como la que se nos ofrece en esos cuadros provincianos trazados tan maravillosamente por Azorín y por Miró y por Baroja.

EL NACIONALISMO ÍNTIMO

La estética de lo provinciano supone, sin embargo, más que una mera coincidencia con el panorama político y su ampliación a fuerzas sociales nuevas. Responde, en rigor, a una distinta percepción del país por parte de los artistas, que resulta, a la vez, más integradora y más perpleja, más emocional y más pesimista: a los términos, en suma, de la difícil construcción —tan tardía— de un nacionalismo español, que no se fundamenta en retórica patrioterica o apelaciones de unidad religiosa. Como muchas otras naciones modernas, el país aparece ante los ojos de sus escritores como una realidad dual donde se mezclan la ciudad vertiginosa y el campo callado, la cultura *snoob* y el analfabetismo inmemorial, el conformismo y la crítica, lo viejo y lo nuevo, la nación venerable y el pueblo soberano. Todo lo cual responde a las anteojeras de sus propios intereses —la necesidad de encontrar un público amplio y entusiasta que reemplace el patronazgo de la política— pero también a lo que daban de sí los modos de análisis de la época —la antropología social de cuño positivista, la identificación con voluntarismos nacionales— y los prejuicios muy extendidos sobre la subversión social y los males inherentes al igualitarismo democrático.

Como iremos viendo en este apartado, España parecía la tierra de promisión para tales escrutinios desoladores. En ningún otro lugar se agudizaba tanto la diferenciación campo-ciudad, o parecía tan inmenso el abismo entre la prepotencia histórica y la modesta realidad de hogaño, o se columbraba tan hipócrita el contraste de las leyes políticas liberales y la dura práctica de todos los días... La lista de los estigmas nacionales fue el tema predilecto de una copiosa —y hoy olvidada— literatura regeneracionista, pero no fue ajeno a escritores de ambición más amplia. Preocupaba a éstos la integración del país, el hallazgo de una fórmula moral o de una receta milagrosa que resolviera aquel horizonte asfixiante del fin de siglo. Las críticas se dirigieron, en algún caso, a los nacientes nacionalismos periféricos y Unamuno o Pío Baroja auspiciaron interesantes discusiones que, a la fecha, siguen siendo lo más polémico y lo más ignorado de su trayectoria intelectual. Otros, como Ramiro de Maeztu, defendieron una homologación hispánica con la Europa de la industria y los capitales: ya fuera en su primera fase, cuando articuló un confuso discurso entre socialista y capitalista, o en la última, cuando gustaba hablar del «sentido reverencial del dinero», el pensador vasco fue muy fiel a esa idea de la eficacia. Que, en cierto modo, es la postulada por Ortega ante una «vertebración» de España que, en su caso, atiende a la «nacionalización» de tanto elemento disperso: protesta obrera, pedagogía nueva, ejército insubordinado, clases medias medrosas, intelectuales indisciplinados.

Pero los empeños literariamente más ricos son, por descontado, aquellos que consignan a lo utópico ese doloroso esfuerzo por construir una vida nacional donde no la hay. A la pasión de Angel Ganivet corresponden algunos de los primeros atisbos de aquella necesidad: y en su *España filosófica contemporánea* se había esforzado por patrocinar una «filosofía nacional» cuya definición se halla entre el estoicismo y lo cínico, pero la respuesta a esta tesis juvenil se halla, sin duda, en el concepto de la «virginidad de España» del *Idearium español* (1897). A despecho de una historia desdichada y cruel, de tanta palabrería politiquera, el país —piensa el granadino— está todavía inédito, milagrosamente salvado de adulteración por su misma inercia antihistórica. O «intrahistórica», como hubiera dicho su amigo Unamuno que acuña la noción de «intrahistoria» en las páginas de *En torno al Casticismo* (1985). La idea no era, en rigor nueva, y su peligrosa ambigüedad política —podía ser principio de revolución popular o lema de intransigencia mesiánica— delata su origen seguramente carlista. Lo irrecusablemente atractivo es la espléndida metáfora en la que nace y cuyo eco se dilata por toda la literatura española de este siglo:

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre el mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos. La historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro.

El Unamuno de 1895 que formula este principio no es, sin embargo, el mismo sexagenario angustiado que, hacia el fin de su vida, retornó al mismo motivo de las aguas-madres para vertebrar su testamento espiritual, *San Manuel Bueno mártir* (1930), reduciendo el océano al lago que esconde la antigua villa y en cuyo misterio se mira Valverde de Lucerna. Era en 1895 un activo militante socialista que, poco después, troquela otra vía similar de acceso al «verdadero» pueblo español: la «demótica», o ciencia de lo popular, destinada a renovar el concepto de humanismo. Según sus principios, no se estudiarán las obras de arte reseca y cerebrales sino el canto que surge del trabajo y el gozo colectivos, no la economía sino las transacciones del mercado rural, no el cuento de las batallas y los matrimonios reales sino las mutaciones de las mentalidades del pueblo.

Sería exagerado entender toda la literatura española de este siglo —tal ha hecho un bello ensayo de Juan Manuel Rozas— como una respuesta a la sugestión visionaria de Unamuno, aunque algunos términos de la poética de Antonio Machado y la «microhistoria» del Azorín de *Castilla* (1912), de *Un pueblecito: Riofrío de Ávila* (1916) y de *Una hora de España* (1924) puedan parecer sugestivas ilustraciones del aserto. En todo caso, lo serían de un principio universal que formuló la *Poética* de Aristóteles: de cómo la Historia busca lo particular y la Poesía, lo general. Y lo general se presentaba en este caso bajo la sugestiva forma de un país por descubrir: de ahí la larga trayectoria de alegorías nacionales sobre el motivo de la peregrinación —pienso en *El caballero encantado* de Pérez Galdós y en algunas novelas barojianas— y, en otro orden más explícito, la abundancia de «libros de viaje», desde Ciro Bayo y Luis Bello hasta Camilo José Cela. Unos y otros son como avanzadillas de la convicción de que existe una autenticidad de España, oculta a sus propios ciudadanos que puede descubrirse en un proceso de ascesis renunciadora o de caminata interminable. Y que está más cercana de la intuición del analfabeto que de la falsa cultura del intelectual, más próxima del sueño que de la razón, más real en los campos yermos que en las calles de las urbes.

LOS TRES «ANTIS» DE LA CONCIENCIA INTELLECTUAL

Sin embargo, no todo se presenta bajo especies tan fideístas y nebulosas. La autenticidad y la unidad espirituales de España se hayan, más que ocultas, falsificadas por prácticas aberrantes de la vida política: la voluntad popular está secuestrada por una red intrincada de caciques que manipulan los resultados de los comicios mediante el «pucherazo», obedecen lealmente las prácticas del «encasillado» estipulado en Madrid y legitiman al diputado «cunero» que, de no haber rival, puede ser proclamado en virtud del artículo 29 de la ley electoral vigente; la libertad individual se encuentra limitada por la gigantesca influencia social del clero católico, cuya intervención empieza en la enseñanza, se agiganta en el confesonario y asienta sus reales en consejos de administración, sociedades públicas, grupos de actividad femenina o prensa confesional; el patriotismo y la idoneidad de los sentimientos nacionales están a merced de un ejército profesional, cuya imagen política está vinculada a la política más reaccionaria y cuyo recelo a la vida civil crece con los años y el peso de la propaganda contraria. Caciquismo, clericalismo y militarismo son tres poderosos ingredientes de la vida española bajo la Restauración, tres cánceres sociales de vida asombrosamente autónoma, a los que la conciencia progresista de la pequeña burguesía y de las clases menesterosas responde con tres lemas políticos de legendario poder de convocatoria: el anticaciquismo, el anticlericalismo y el antimilitarismo.

Son, por descontado, tres formas de conciencia parcial y hasta desenfocada de una realidad más compleja, tres mitos voluntaristas que ignoran las profundas realidades estructurales en que se asentaba la vida política española: una tectónica de clases sociales —propietarios rurales e industriales fiados en cómodos aranceles proteccionistas— que usaban en su beneficio de una trama de clientelazgo político, de una iglesia legitimadora del poder tradicional y de unas fuerzas armadas sobredimensionadas pero que podían ser una eficaz retaguardia de las más menudadas de orden público. Pero el anticaciquismo, el anticlericalismo y el antimilitarismo tuvieron fuerza de mitos indiscutibles y sin sus campañas es muy difícil entender la fuerte tensión política de las letras nacionales de nuestro período.

El mejor momento y más apasionada formulación del anticaciquismo tuvo lugar en marzo de 1901 cuando Joaquín Costa abrió en el Ateneo de Madrid su resonante información sobre *Oligarquía y caciquismo como forma de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* en la que, además de su promotor intervinieron a título personal Antonio Maura, Alfredo Calderón, Pompeu Gener, Juan Manuel Ortí y Lara, Emilia Pardo Bazán, Rafael Salillas, Santiago Ramón y Cajal y Miguel de Unamuno,

entre otros, junto con claustro de la Universidad de Oviedo y algunas Cámaras de Comercio como entidades públicas. En junio de aquel mismo año, Costa resumía en doce puntos su propio punto de vista y al suministrado por las intervenciones de los informantes: el primero proponía, mediante un cambio de orientación en la aplicación de los recursos nacionales, «la desaffricanización y europeización de España»; el segundo, exigía una urgente reforma educativa; el quinto, una reforma agraria que promoviera, a la vez, formas de agricultura colectiva y un sólido basamento de pequeños propietarios, el noveno requería la autonomía municipal y la creación de servicios públicos colectivizados; el décimo y el undécimo pretendían el reemplazo del liberalismo abstracto por un «neoliberalismo orgánico» que garantizara la viabilidad de las reformas necesarias por decretos de un gobierno enérgico; por el duodécimo, reclamaba la «renovación de todo el personal gobernante de los últimos veinticinco años». Tan expeditivas conclusiones resumen, mejor que cualquier otra cosa, los horizontes utópicos del reformismo pequeñoburgués —pedagogía nacional, europeización, agrarismo— y sus inevitables (y a menudo equívocas) limitaciones que lo llevaban al menosprecio por la práctica política parlamentaria, la añoranza de un poder fuerte, la apelación al organicismo social y la subordinación de las tensiones sociales a una esperanza colectiva de regeneración. Con modos más urbanos y cautelas más idealistas, Ortega y Gasset —que reconoció lealmente su gran deuda con Joaquín Costa— vino a formular en 1914 y en 1921 —años de «Vieja y nueva política» y de *España invertebrada*, respectivamente— un programa muy parecido. Ni unos ni otros —posibles componentes de la «Unión Nacional» de Costa o miembros de la «Liga de Educación política» orteguiana— se percataron de que la pedagogía era un arma muy pobre contra la desigualdad social lacerante y de que el caciquismo era solamente el epifenómeno transitorio de una política entitativamente corrupta, como demostró con largueza el penoso episodio de la reforma y contrarreforma agraria en el período republicano.

Lo mismo podría decirse del largo proceso del anticlericalismo, cuyas manifestaciones jalonan de modo insistente el lapso temporal de 1896-1944: estado parlamentario de la cuestión en 1900; estreno de la *Electra* de Galdós en 1901 (el mismo año en que se aprueba el matrimonio de la infanta Mercedes con el carlista Conde de Caserta); nombramiento del franciscano Nozaleda como arzobispo de Valencia (bastión republicano) tras su discutida actuación como ordinario de Manila en 1898; estallido de la Semana Trágica en el verano de 1909 con su secuela de incendios de iglesias, conventos y colegios de religiosos; aprobación en 1911 de la «ley del candado» que intenta limitar el establecimiento de órdenes dedicadas a la enseñanza; polémicas por la legislación laicista de la Re-

pública y nuevos desórdenes que canalizan el odio popular hacia las instituciones clericales... Y todo esto magnificado y azuzado por una rebatiña de papel impreso cuyo mero censo está por hacer: pues, frente a los irreductibles órganos del anticlericalismo (*El Motín* de Madrid, *El Pueblo* de Valencia, *El Diluvio* de Barcelona), los clericales promovieron su propia prensa, los Congresos Católicos, las revistas doctrinales de los órdenes regulares (*Razón y Fe* de los jesuitas, *La Ciudad de Dios* de los agustinos, etc.), los grupos de Acción Católica, de exalumnos y de Propagandistas, la creación de sindicatos obreros y hasta una colección de relatos breves, la «Biblioteca Patria», destinada a contrarrestar la influencia sicilíptica de las series surgidas tras *El Cuento Semanal* (1907-1912). Como sucedía en la polémica anticaciquil, el mito y las leyendas empañaban la realidad: en algunos eclesiásticos había tan buena voluntad social como honda y sincera fe en muchos anticlericales; se tomaba por prepotencia lo que a menudo era sumisión medrosa de la iglesia al poder político; era incultura de Seminarios desidiosos lo que frecuentemente se tomaba como alambicado sectarismo... Pero ni los unos reflexionaron con serenidad sobre su verdadero enemigo ni los otros aprendieron nada de la hostilidad que creaban en torno suyo. Y la guerra civil fue para los segundos una «cruzada», al término de la cual gozaron del máximo poder de orientación y represión social que habían tenido nunca.

La cuestión militar debió mucho a los resquemores de la derrota de 1898. La conciencia de fracaso convirtió al ejército —cada vez más vinculado a las clases medias tradicionales— en un grupo social cerrado y suspicaz, enfrentado con la opinión pública a lo largo de una extenuadora guerra colonial en el Rif que jalonaron los descabros militares (Barranco del Lobo en 1909, Annual en 1921) y los escándalos financieros. «Africanos» fueron buena parte de los militares sublevados contra la república en julio de 1936 trece años antes, el proceso abierto para esclarecer las responsabilidades en el desastre de Annual había sido un ingrediente decisivo en el pronunciamiento de los capitanes generales que dio paso a la Dictadura de Miguel Primo de Rivera y, con ella, a una precaria continuidad del reinado de Alfonso XIII, cuya predisposición a intervenir en la «familia militar» fue una de sus características más criticadas. Pero lo vidrioso de las relaciones entre la sociedad española y su ejército venía de antes: del injusto e ineficaz sistema de quintados y reclutamiento, de la malhadada Ley de Jurisdicciones de 1906 que otorgaba a la justicia militar la competencia en muchos delitos de imprenta...

LETRAS ANTICACIQUILES, ANTICLERICALES Y ANTIMILITARISTAS

El rastreo de las tres temáticas —anticaciquil, anticlerical y antimilitarista— en la producción intelectual de nuestro periodo de una cosecha

abundantísima. Los relatos de caciques y sus tropelías fueron un subgénero de la narrativa de 1900, vinculado casi siempre al medio rural y enfatizado por la presencia de actuaciones criminales impunes: el famoso crimen de Don Benito —donde el degenerado hijo del cacique local asesinó a la mujer que pretendía y a su madre— inspiró al menos dos obras notables, *Jarrapellejos* (1914) de Felipe Trigo y *La caída de los Limones* (1916) de Pérez de Ayala; el «crimen de Cuenca» —donde se condenó a unos inocentes, víctimas de una rivalidad de caciques— fue el modelo de *El lugar de un hombre* de Ramón J. Sender... La impotencia política ante las artimañas del cacicato está presente en *César o nada* (1910) de Pío Baroja, como los mecanismos internos de la coacción se perciben en las numerosas novelas sobre periodismo que proporciona la época: valga como ejemplo *El luchador* (1916) de José López Pinillos.

El anticlericalismo fue, a menudo, de muy rahez condición pero otras veces se alzó como un testimonio evangélico y social frente a la miseria actual de su institución enemiga: el artículo «Jesucristo en Fornos» que asentó la fama de su autor, Julio Burell, en 1898, evocaba precisamente la aparición del hijo de Dios en el popular café de bohemios, de donde se le expulsa confundido con un anarquista. Aunque exista una corriente de crítica racionalista de las creencias y no sea parva la influencia de las novelas de Anatole France (traducidas por Luis Ruiz Contreras) en relatos de un Wenceslao Fernández Flórez (como *El secreto de Barba Azul*, 1923, y *Las siete columnas*, 1926, tan insidiosamente agnósticos), lo que prevalece son las diatribas contra la religión oficial, administrada por clérigos fanáticos, que se entiende como el mayor enemigo de las fuentes de la verdadera caridad, de la espontaneidad moral y de la vitalidad más plenaria. Por eso, el rango más significativo de esta serie lo ocupan las novedades educacionales que toman como punto de partida el contraste de la sensibilidad infantil y adolescente y la crueldad y el fanatismo de educadores religiosos. Se trata de una particular modulación española del *bildungsroman*, tan típico de la literatura germánica de comienzos de siglo, que, en más de un caso, glosa la experiencia autobiográfica de toda una promoción de retoños de clases medias que estrenó los grandes colegios de las órdenes religiosas construidos en el decenio de 1890: así, Ramón Pérez de Ayala compuso *AMDG* (1910), la parte más polémica de la tetralogía «generacional» que protagoniza Alberto Díaz de Guzmán; Manuel Azaña evocó su colegio de agustinos en *El jardín de los frailes* (1926); Gabriel Miró recreó su infancia de educando jesuítico en *Niño y grande* (1919) y en *El obispo leproso* (1926); Benjamín Jarnés recordó sus años de penitencia en el seminario zaragozano en el relato *El convidado de papel* (1928).

En toda esta relación de narraciones no solamente se trata de debatir implícitamente el contenido ético de la religión tradicional o de discutir el papel preponderante de la iglesia católica en la educación (quien mejor supo expresar el ideal de una formación laica fue Ortega en su conferencia bilbaína de 1911 «La pedagogía social como programa político» pues había sido ex alumno del colegio jesuítico de El Palo, Málaga): más allá de esos apasionantes términos de polémica las obras aludidas se alzan como un alegato en favor de la sensualidad y la inteligencia libres, del armonioso desarrollo de la personalidad sin cortapisas ni amenazas. Y conviene no olvidar al respecto que la conciliación entre los instintos y la razón, entre el cuerpo y el espíritu, fue uno de los lemas de la renovación espiritual europea de fin de siglo, como avalan los compañeros ideales de la aventura hispánica: Hermann Hesse o André Gide, James Joyce o Gabrielle D'Annunzio.

No por vidrioso el tema militar fue menos tratado. Entre 1903 y 1907, Manuel Ciges Aparicio publicó una interesante serie de cuatro libros que pueden valer como memorial de agravios de toda una promoción de escritores radicales que cambiaron el periodismo de la época: los tres primeros (*El libro de la vida trágica. Del cautiverio, El libro de la vida doliente. Del hospital*, 1903, y *El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*, 1905) tratan, respectivamente, de su prisión militar en La Habana por culpa de un artículo considerado sedicioso, de la estancia en un repugnante hospital de Manresa y de su servicio de armas en Cuba durante la contienda hispano-colonial, mientras que solamente el último —*El libro de la decadencia. Del periodismo y de la política*, 1907—, aborda otro campo temático que ya hemos mencionado, la corrupción y la frivolidad de la prensa que, en este caso, resulta ser, para mayor escarnio, republicana. La proporción de espacio que este modesto Gorki español otorga a lo militar sus memorias de juventud parece harto elocuente, en su afán de presentar a los lectores los estigmas y los heroísmos de una juventud marcada por la mezquindad de la vida española. Tal y como podría decirse, aunque años mas tarde, el buceo que Benjamín Jarnés hace en su experiencia personal para ofrecernos, tras el ya citado *El convidado de papel*, su relato *Lo rojo y lo azul* (1932) (que son los colores del uniforme de gala de la infantería española, además de un complaciente guiño a otro título famoso de Stendhal): el seminario en el primero y el cuartel en el segundo son dos formas equiparables de abuso y extorsión de la sensibilidad, dos infiernos de los que urge liberarse.

La larga pelea contra los insurrectos del protectorado marroquí tuvo muy poca bibliografía heroica y apenas cuenta como ingrediente en algunos síntomas de la patología fascistas española: así en una poco conocida novela de Luys Santa Marina, *Tetramorfos* (1927), y en su más divulgado retablo de fragmentos narrativos sobre la legión extranjera. *Tras el águila del César* (1923), que por sus descabelladas exaltaciones de la violencia sufrió un pro-

ceso. También sucedió lo mismo con las *Notas marruecas de un soldado* (1923) de Ernesto Giménez Caballero, donde la denuncia del miserable estado de la tropa no empuja la explícita apología del nacionalismo colonialista. Pero, por contra, lo más duradero de las letras hispanoafricanas es la denuncia estremecedora de la brutalidad y la sinrazón de la guerra, de la incompetencia de los mandos y de los oscuros intereses económicos que llevaron allí a los reclutas: los testimonios periodísticos de Luis Morote, Manuel Ciges Aparicio y Eugenio Noel (en lo que se refiere a las campañas de 1893 y 1909) y en lo que toca a los dramáticos momentos que siguieron al desastre de Annual, las novelas *Imán* (1930) de Ramón J. Sender y *La ruta* de Arturo Barea ocupan lugar de honor en la literatura antibelicista española. Mientras que la reflexión sobre la miseria de la vida militar halló su mejor formulación en los tres esperpentos acogidos por Valle-Inclán bajo el título común de *Martes de carnaval* (1930) (que tanto vale por último día de las fiestas de carnestolendas como por plural de «martes», soldado): *Las galas del difunto* revelaba la pobreza y la desvergonzada insolencia de los soldados repatriados al final de la guerra de Cuba que mendigaban por las calles con los restos de su uniforme de «rayadillo»; *Los cuernos de Don Friolera* pinta con colores jocosos la intransigencia fachendosa y el ridículo sentido de la honra de los baqueteados oficiales chusqueros; La hija del capitán, que tiene como punto de apoyo esta moral de cuarto de banderas, se aventura en una transparente alegoría de cómo se produjo la dictadura de Primo de Rivera, alcanzando con sus dardos envenenados el mundo de jefes y generales. Con harto fundamento, la censura del dictador se apresuró a retirar la primera edición de tan violenta requisitoria...

El régimen político que condenaba la obra sobrevivió muy poco al feroz ridículo. Pero, aunque a algunos les pareciera lo contrario, no cayó por obra de la demolición dictada por los intelectuales (aunque Ortega escribiera oportunamente un eficaz «Delenda est monarchia»): lo derribó la convicción a la par que una espléndida literatura crítica. Mitos artísticos, megalomanías intelectuales, populismos generosos y criticismos desazonados convivieron activamente con luchas sindicales, conspiraciones políticas y algaradas callejeras, lo mismo que con las abstrusas cifras económicas o los misterios de la demografía, con las constelaciones de hechos internacionales o con la *moyenne durée* de la vida mediterránea en el siglo xx... Pocas historias literarias son, por lo tanto, tan ilustrativas de una realidad nacional como esta española de 1902-1931. Pocos campos más sugestivos, también para quien se pregunte por el tema inagotable de la historicidad de la obra literaria y quizá incluso por la acción de la literatura sobre el curso de la historia.